

ciera nuestro espíritu, hémole dado en rostro con su divorcio del espíritu moderno. Hemos puesto con desnudez ante sus ojos las instituciones políticas animadas en el espíritu protestante y no en su espíritu. Hemos dicho cuán grande peligro corría de verse abandonada por aquellos pueblos á quienes ha criado á sus pechos, y con cuyas ideas ha compuesto una guirnalda deslumbradora de inspiraciones luminosas. Pues bien, faltaríamos á nuestra conciencia si callásemos que la religión protestante, cada vez más reducida en su vacía liturgia, no responde, ni puede responder al sentimiento estético de nuestros pueblos y de nuestras razas; por lo que no será jamás en lo futuro la religión universal del humano linaje.

Bien puede asegurarse, además de todo esto, que la religión protestante, así en Alemania como en Inglaterra, tiene todos los caracteres de una religión puramente nacional. Aquel principio de que la religión está unido con la región dominada por los príncipes; aquel principio, esencialmente autocrático, ha dividido y fraccionado en el suelo alemán las iglesias cristianas, como se hallan divididos entre sí los gobiernos, y los organismos con estos gobiernos coexistentes, ó sean los Estados diversos. Por una inevitable necesidad de su aparición, el protestantismo, en los combates con el Imperio, tuvo que apoyarse con energía en los príncipes. Y, para unirse á los príncipes, tuvo que reconocerles, no ya el patronato á los poderes laicos y civiles, cedido por la Iglesia católica, sino una especie de obispado oficial, que hace á los príncipes unos eclesiásticos, más ó menos perfectos, con soberanía y jurisdicción dentro de la Iglesia. Naturalmente, todo este carácter político de las sectas luteranas ha robado á la religión germánica el carácter de intimidad y de interioridad, que sólo alcanzan el culto cuando se aviva en la conciencia y con la conciencia se relaciona estrechamente. Caso excepcional y raro. Alemania, retratada en Lutero, ama con verdad á su reformador, como á su madre la hija. Lutero le ha dado, no solamente un alma nueva para la religión, sino también una musa espiritual para la literatura y para el arte. Lutero le ha imbuido su conciencia y ha puesto en sus labios una nueva lengua. Su odio á Roma y á los romanos, su amor á las tierras y razas germánicas, su elocuencia llena de contrastes, su idealidad mística, cortada por bruscos saltos á la realidad y brutales salidas de tono, su originalidad tan personal é individualista, sus combates con el Pontificado, sus resistencias al Imperio en las Dietas, donde arriesgaba la vida, sus combates eternos han hecho que Alemania se crea completamente personificada por ese hombre de gigantesca estatura intelectual, y le considere como su personificación más gloriosa, como su verbo creador y la forma y la encarnación de ese verbo. Pero, debemos decirlo de una vez; á medida que Lutero crece más en el espíritu nacional, mengua más en el espíritu religioso. Los grandes teólogos ortodoxos del protestantismo sostuvieron la tesis de que la Iglesia cristiana, pura sólo en sus comienzos, había degenerado y perdidose al salir de los apóstoles, con lo cual resultaba que Lutero, y sola-

mente Lutero, le había devuelto con su nueva predicación la pristina pureza. En este trabajo se descompuso y aniquiló el catolicismo. Pero, cuando ya estaba descompuesto el catolicismo, llegaba el espíritu humano á la filosofía del último siglo. Esta filosofía tuvo en Alemania un carácter menos revolucionario y escandaloso que en Francia, por mucho más abstrusa y científica, pero no menos contrario y hostil á las viejas y tradicionales Iglesias cristianas. El racionalismo filosófico, personificado en el trono por la personalidad inmortal de Federico II, abrió á la razón y á sus disquisiciones libres las puertas del santuario cristiano. Desde tal época, la crítica teológica nueva consumó la ruina del luteranismo, como la crítica religiosa de los tiempos de Lutero consumara la ruina del catolicismo. Los más audaces en sus negaciones; los directores del Evangelio y de la Biblia; los que trocaban toda la historia religiosa y desvanecían con su soplo mágico, cual fuegos fantasmagóricos, los antiguos dogmas, pertenecían todos, ó su mayor parte, á la Iglesia luterana, y se empeñaban á una en soterrar el viejo luteranismo. Se habla mucho de la incredulidad de Francia; y sin embargo el clero francés no ha fomentado la incredulidad y la irreligión como el clero alemán. Reimarus, el que comenzó la crítica bíblica, pertenecía en alma y cuerpo al clero, como al clero pertenecía el autor de la *Vida de Jesús*, el célebre Strauss. Los Reyes de Prusia comprendieron que si el luteranismo expiraba en Alemania, cortábanse á una todos ellos el influjo que podían ejercer sobre la gente germánica, y cerraban todos los vastos horizontes de sus risueñas esperanzas. Por eso, un Rey prusiano, viendo que la idea luterana iba extinguiéndose, trató de rejuvenecerla, para rejuvenecer también á su nación, órgano natural del luteranismo. En ninguna parte luteranos y calvinistas se habían odiado como en el seno de Alemania. En la guerra de treinta años, los príncipes luteranos preferían á los calvinistas los católicos. Jamás quisieron, jamás, incluirlos en sus tratos y reconocerlos por sus correligionarios. Pues bien, la casa de Brandeburgo había pertenecido más bien al calvinismo que al luteranismo. Y uno de sus príncipes, un descendiente de Federico II, al ver que la religión luterana estaba disuelta, y que disolución semejante equivalía de suyo á la disolución del protestantismo, reunió á calvinistas y á luteranos bajo un mismo símbolo, y estableció lo que podríamos llamar una nueva creencia. Como si fuese Papa y Concilio á un mismo tiempo, tomó del antiguo calvinismo los principios, y del antiguo luteranismo la liturgia, para formar una religión, designada con el nombre de religión evangélica, é impuesta por la fuerza excesiva y violenta de la monarquía prusiana. No cabe duda que tal monarquía se ha vigorizado con esa mixtura lucrativa y política de su nueva religión, pero no cabe duda tampoco de ningún modo que con esa religión se han mostrado una vez más los caracteres particularistas, familiares, de nación, de raza, que tiene y conserva el protestantismo. Así, la filosofía y la teología germánicas, de consuno, lo han descompuesto y triturado con sus críticas. Los dogmas luteranos, que ya no existen allá, en las altas cimas sociales, apenas

han descendido á las honduras y apenas han penetrado en la conciencia de los pueblos. El luteranismo se ha descompuesto en la patria misma de Lutero, Jena y Tubinga, la unión evangélica, las reacciones ortodoxas de los tiempos de Federico Guillermo IV, el hegelianismo religioso, han servido tan sólo para destruir la tradición luterana y mostrar cómo el espíritu cristiano rebosa del seno de todas las ortodoxias y rompe los límites, más ó menos latos, de todas las Iglesias.

Lo mismo, poco más ó menos, acontece hoy en la protestante Inglaterra. Ninguna religión, ninguna, entre las religiones cristianas, pertenece al Estado como la religión británica. Intereses políticos, voluntariedades regias, pasiones varias, y hasta misterios de alcoba, cambiaron la religión católica en religión denominada con propiedad anglicana, por su carácter exclusivamente insular y británico. Enrique VIII produjo lo que llamaban nuestros clásicos la cisma de Inglaterra para poner la primacía de su majestad sobre la tiara del Papa y sobre la corona de todos los cleros heterodoxos y ortodoxos. En virtud de tal pretensión condenó á la última pena dos católicos y dos protestantes que negaron la supremacía eclesiástica de su regia persona, sólo que ahorcó á los protestantes y quemó á los católicos. Tan política resultaba la Iglesia de Inglaterra, que seguía las mismas oscilaciones del Estado. Reinó Enrique VIII, y la Iglesia fué anglicana; reinó Eduardo VI, y la Iglesia fué protestante; reinó María Tudor y la Iglesia volvió á la ortodoxia católica; reinó la hija de Ana Bolena, y la Iglesia recayó de modo inapelable y definitivo en la ortodoxia luterana, conservando siempre cierto carácter propio nacional y ejerciendo, según la medida y la exigencia de su propio interés, persecuciones horribles. No quiere decir esto que, dada la complexión propia de las familias anglo-sajonas y el carácter histórico de la nación inglesa, desconozcamos por manera ninguna, cómo llevaba en sus entrañas naturalmente cierto protestantismo autóctono la patria de Wicleff, ese predecesor de Lutero. No obstante tal reconocimiento, inspirado por nuestro estudio de la historia inglesa, reconozcamos también, á nuestra vez, cómo ha ejercido la monarquía su pontificado más ó menos tenue y más ó menos legítimo en la Iglesia nacional. Este pontificado no ha impedido á pesar de su fuerza, que trajera el examen libre, propio criterio del protestantismo, la riquísima variedad natural de sectas y de ideas. La nación más mercantil, y por ende más utilitaria y positiva del mundo, aquella que tiene por criterio científico la experiencia y por campo de actividad la naturaleza, tierra esencialmente práctica tanto en sus instituciones como en su filosofía, patria del naturalismo moderno; que ha dado con sus geólogos, con sus naturalistas, y hasta con sus metafísicos, la idea de la universal evolución; esa Inglaterra de naves y factorías, se nos aparece como la nación de más sectas religiosas y de más apego á lo supra-natural y supra-sensible, embargadas todas sus potencias con el problema, siempre planteado y nunca resuelto, de los grandes misterios y de las sublimes inspiraciones. París, ciudad indudablemente de menos espíritu religioso que

Londres, consagra un lugar al culto para cada diez y siete mil habitantes; mientras Londres tiene un lugar de culto consagrado para cada dos mil habitantes. No hay espectáculo tan curioso en la tierra como el espectáculo de un domingo londonense. Las puertas de los almacenes se cierran; el reparto de los correos se suspende; la circulación de coches particulares se amengua; las familias se recluyen dentro de sus casas ó van á los oficios divinos con recogimiento verdadero; la Biblia se abre y se cierra el piano; las calles del comercio caen todas en profundísimo silencio como si estuvieran inhabitadas; y bajo tal reposo, verdadera suspensión del trabajo y del cambio, indispensables á esta sociedad trabajadora, como el movimiento de la sangre á nuestro cuerpo, reanímase de continuo á llamaradas análogas con las lenguas ardientes del Espíritu divino, la conciencia de aquella gran metrópoli planetaria; y, aquí, entre las tumbas y las estatuas funerales de Westminster, suenan melodías como exhaladas de seres sobrenaturales invisibles y perdidos cual mudas plegarias en las líneas de los arcos y en los rosetones de las ojivas; y allí, los adscritos á la liturgia episcopal, ostentan bajo romanas bóvedas, trasuntos de San Pedro, todo el aparatoso lujo de un ritualismo semejante á los últimos arreboles de la idea católica; y en tal desnuda sala, el Verbo en sermones místicos se manifiesta y encarna, penetrando hasta el seno de conciencias libres, que sólo admiten las revelaciones de la palabra y el culto abstracto del espíritu; y en tal otra oficina de magnetizador, un epiléptico, medio demente, por cuyos labios asoman espumas de hiel, y cuyo pecho exhala roncós chillidos, profetiza lo porvenir, entre los salmos y aleluyas de un auditorio trémulo, como si cada idea incoherente descargara una eléctrica corriente por sus nervios; y en un circo los saltadores dicen fórmulas sibilinas, como aquellas con que los visionarios orientales fascinan y amansan las serpientes, y en bodegas, todavía ocupadas por barriles llenos, y más húmedas y más siniestras que las antiguas catacumbas, un espiritista evoca el numen de Platón bajo los árboles del jardín de Academo y las últimas palabras de Cristo en las tempestuosas cimas del Calvario; y en este inmenso tabernáculo, jóvenes de ambos sexos, vestidos con las blancas túnicas de los antiguos catecúmenos, y que creeríais mártires del primitivo Cristianismo, por su actitud recogida, sumérgense á una en el agua lustral, arrodillanse para tomar la comunión cristiana y cambian besos purísimos de caridad y de amor enteramente místicos, pues, núbiles ellas y ellos se preparan así para bodas más terrenales; y entre las cuatro paredes de un desierto y desolado templo, creyentes estáticos aguardan la visita del Paracletos y sienten su soplo creador, que ha encendido los astros, derramarse por sus venas y encenderlas en sobrenatural amor, mientras á la entrada, por todas las calles, en los sitios más públicos, en las encrucijadas más concurridas, predicadores al aire libre, apóstoles improvisados, taumaturgos, á veces, de taberna, propagan toda clase de dogmas, con tal entusiasmo y tanta exaltación, que creeríais á Londres, la ciudad del Dock, del Banco, del Crédito, la capital del comercio, una Jerusalén ó Ale-

jandría, sentada á orillas del Cedrón ó á orillas del Nilo, y no á orillas del Támesis, engendrando, bajo las palmas del desierto y bajo los terebintos del Profeta, en iglesias misteriosas, nuevos dogmas para la humanidad poseída por amor inextinguible á las eternas teogonías. Scott, en el capítulo vigésimo sexto de su obra titulada *Inglaterra*, nos trae anuncios de las diferentes sectas esparcidas por Londres, anuncios auténticos, trasladados á tan cocienzudo libro de los periódicos diarios. Así veis, asociaciones ritualistas, conformistas, latitudinarias, presbiterianas, metodistas, luteranas, calvinistas, anglicanas, puseistas, populares, temperantes, progresivas, y de mil otras denominaciones diversas, que prueban cómo se ha roto en mil pedazos la unidad espiritual de la protestante Inglaterra, impuesta en otros días por las fuerzas coercitivas de un Estado imperioso.

Verdaderamente curiosa la descomposición del Protestantismo oficial en la Gran Bretaña. No se ha establecido todavía con vigor en tiempo de Enrique VIII, cuando ha visto entrar en su seno la herejía que niega el dogma trinitario, y con el dogma trinitario, la tradicional divinidad de Cristo. El célebre Ochino, fraile de Siena, llevó á Londres la herejía socimana. Pues años más tarde, la secta holandesa conocida con el nombre de Arminia, rechaza primero el dogma protestante de la predestinación, y luego la igualdad consustancial de las tres Personas divinas. Un capellán de la embajada inglesa, John Hales, transportó el espíritu arminio á Inglaterra, después de haber mandado, como decía él, á pasear á Calvino, y de haber establecido aquella latitud amplísima de interpretación, que ha dado nombre tan grácioso á su secta. En esa secta se alimentó á su niñez la escuela fundadora del protestantismo liberal. Taylor la impulsó mucho, despertando segura confianza en el criterio y en el testimonio de la razón. Así, las sectas que rompían la ortodoxia y la tradición verdaderamente anglicanas, multiplicábanse por todas partes con increíble multiplicidad. Los presbiterianos proponían la supresión del episcopado y de la liturgia. Los independientes separaban las Iglesias de todo Estado, concediéndoles interior autonomía. Los Kuáqueros derogaban todo privilegio eclesiástico para dejar grande amplitud á la individual inspiración, como sucedía á las antiguas Iglesias apostólicas. Jomas Edwards contaba en tiempo de la revolución ciento setenta y seis sectas heréticas diversas. No debía la ciencia favorecer mucho la unidad protestante. Bacon, separaba los dogmas religiosos de las ideas filosóficas. Loke, mantenía un Cristianismo racional. Chegeorli, fundaba su escuela puramente deísta. Husne, hacía del Universo una ilusión fantasmagórica del cerebro. Wesleysse, iniciaba el metodismo. Cobridge, admitiendo la distinción de Kant, esa distinción entre la inteligencia, facultad de las nociones y la razón, facultad de las ideas, restauraba un Cristianismo, aunque por su fondo idealista, por sus tendencias tan racional y tan humano como el Cristianismo de Loke y de Bacon. La verdad es, que todos estos sectarios últimos, conciliadores de la filosofía germánica y la tradición cristiana, como conciliara Santo Tomás el Catolicismo con el Aristotelismo,

tienen el mérito de haber hecho sobrehumanos esfuerzos para impedir un divorcio sacrilego, el divorcio entre la razón y el Cristianismo. Un mismo fenómeno se observa en Alemania é Inglaterra, después de la interior descomposición que ha tenido el Protestantismo. Este fenómeno es la institución de una filosofía independiente del dogma, y aun al dogma completamente contraria. En Alemania, las escuelas extremas del Protestantismo, como la escuela de Lessing, combatían de tal manera la tradición católica y ortodoxa, que no se daban cuenta de cómo, al probar, ó tratar de probar, que hasta los tiempos de Lutero, desde los tiempos apostólicos, toda revelación pecaba de artificial y fantasmagórica, realmente combatían en su fondo el Cristianismo entero y lo relegaban al triste rango de las supersticiones fantásticas. No se puede, no, descomponer dentro de sí misma una idea tan grande como la idea teológica, sin que vaya de suyo á sustituirla otra idea tan grande como la idea científica. Los primeros filósofos griegos trataron de contener sus principios en la simbólica del Paganismo. Tras los dioses de mármol centelleaban los resplandores de las ideas filosóficas. Aquella fué la edad de paz entre la religión y la ciencia. Thales, Pitágoras, parecían, más que oráculos de la divinidad y sus múltiples personificaciones. Pero, al separarse la conciencia de la religión, al dividirse el espíritu y el Estado, al proclamar un hombre como Sócrates el oráculo divino de la humana conciencia, este divorcio de la filosofía y de la religión, estaba llamado á traer dogmas nuevos, destructores del Paganismo, y con el Paganismo, de las sociedades antiguas. Con seguro presentimiento lo comprendieron así aquellos estadistas, como los treinta tiranes griegos; aquellos poetas populares tan atenienses, como Aristófanes; aquellos oradores como Simmaco, aquellos Césares como Juliano; quienes opusieron resistencia invencible primeramente á la filosofía y á la moral de Sócrates y luego á la conclusión y corolario último de esta filosofía y esta moral, á la teología y á la ley de Cristo.

Así en Alemania como en Inglaterra, el Protestantismo ha engendrado, durante nuestro mismo siglo, dos grandes filosofías, que resueltamente lo contradicen y lo niegan. Para el hegelianismo, que hace partir toda la vida con sus desarrollos, de la idea pura; el Cristianismo no parece sino como un término dialéctico en la serie del movimiento universal y eterno. Y así como la filosofía hegeliana hizo del Cristianismo un término de la idea, tan importante para el espíritu humano como el vedismo, como el budismo, como el mardeismo, como el judaísmo, como el paganismo, como el helenismo, como el germanismo; la filosofía de la evolución inglesa, filosofía, cuyos principios privan hoy mucho en el favor universal; combate resuelta y definitivamente la idea cristiana, como si fuese cualquiera otra vieja y gastada superstición teológica. Ese Darwin, á quien los anglicanos sepultaran bajo las bóvedas sublimes de su primer catedral, pensador que hace derivar todas las especies de un embrión único por medio de las selecciones naturales, decretando el preciado lauro de la victoria, necesariamente á los fuertes sobre los débiles en el eterno combate